

AZAR Y CONTINGENCIA

Mi amigo Paul llegó una noche de perros. Su avión tuvo que sobrevolar el aeropuerto durante más de una hora, hasta que se dieron las condiciones suficientes para que pudiera aterrizar. Vientos racheados de más de cien kilómetros por hora azotaban la pista y los alrededores, y la lluvia sesgada sólo se daba una tregua para ceder paso galante a violentas andanadas de granizo que herían los ventanales de la sala de espera como balas furiosas de una guerra total.

Yo había llegado con bastante retraso porque, a pesar de todas mis precauciones y del amplio margen de antelación que me había concedido, una serie de acontecimientos fortuitos se encadenaron de forma imposible, hasta llevarme a pensar que jamás lograría mi objetivo. Fue al cruzar una zona rural cuando me sorprendió, al igual que a otros conductores, la aparición inopinada de un rebaño de cabras que descendía por la ladera triscando alegremente y atravesaba la autovía con toda complacencia, sin perder el ritmo, como si transitasen por la cañada que a diario les conduce hasta su dehesa. Y todo ello, en medio de ráfagas de lluvia oblicua que impedía la visibilidad de manera absoluta.

Esto le hubiese encantado a Paul, pensé. Seguro que lo hubiese enlazado con otra anécdota y luego con otra, hasta articular una historia increíble. Tengo que contárselo.

Pero en ese momento, mientras luchaba con mi limpiaparabrisas a la vez que planificaba una entretenida velada con mi amigo, al calor de un fuego de chimenea con una copa de licor añejo en las manos, llegó un furgón policial abriéndose paso a golpe de luces giratorias y sirenas. Frenó con un chirrido húmedo, se abrió el portón de atrás y descendieron una docena de agentes, con un ritmo y una cadencia muy similares a los del desfile de las cabras,

aunque, a través de la cortina de agua, se adivinaba su equipamiento militar. De inmediato se emplearon en descongestionar la zona.

Sin embargo, aquello no era tan sencillo. Los vehículos, detenidos a la fuerza, cortaban la circulación en ambos sentidos, dos carriles en dirección norte y otros dos en dirección sur. Y el caudal de cabras ensopadas que pasaba ante nosotros parecía un tren de mercancías sin principio ni fin. Los agentes, cuyos orígenes agrícolas y ganaderos quedaban al parecer muy lejanos, pero que sin duda habían visto alguna película trasnochada del medio oeste, abordaban a los animales por la retaguardia, tirándose en plancha hacia sus patas traseras, supongo que también por evitar la cornamenta frontal, que preferían soslayar por si las moscas. Pero a pesar de sus intentos, las cabras se les escurrían y, desorientadas por la agresión, variaban su ruta, empleándose a topetazos contra los coches, con el consiguiente enfado de los conductores. La persecución continuaba ahora en zigzag, poniendo a prueba la tenacidad y tozudez de presas y captores con un resultado incierto.

En medio de la confusión, surgió de modo espontáneo un pasillo repentino que dos de los agentes aprovecharon para forzarnos a salir de aquel pandemonium indescriptible. Por fin, dejamos atrás el caos de rumiantes y recuperamos la monotonía de la conducción en una noche lluviosa y negra como la pez. Si no se presentaban más imprevistos, aún estaba a tiempo de llegar para la hora del aterrizaje y recibir a Paul como era debido.

Habría avanzado escasos cinco kilómetros, cuando a una distancia media me pareció distinguir un bulto que se movía en medio del carril por el que yo circulaba y que me obligó a frenar provocando un suave derrapaje y me dejó cruzado en la carretera. Por suerte, ningún otro vehículo venía demasiado cerca, pero maldije igualmente aquella aparición surgida de la nada. Mientras me tomaba un par de segundos para reponerme del susto, algo golpeó mi ventanilla. Era un ser encorvado, de larga barba desordenada que se apoyaba en una especie de cayado y gesticulaba nervioso. Bajé el cristal.

—¿Has visto a mis cabras? —me escupió pidiéndome responsabilidades

—¿Son tuyas las cabras de ahí atrás?

—¡¿Has visto a mis putas cabras?! —repitió fuera de sí, a gritos—. ¡Llévame con ellas! ¡Se me han escapado las muy degeneradas! ¡Venga, llévame! —y para cuando me di cuenta, estaba sentado junto a mí en el asiento del copiloto, urgiéndome a una maniobra imposible. Los coches que pasaban sorteando al mío se desgañitaban a bocinazos.

—¿No ves que no puedo dar la vuelta? No puedo ir hacia atrás.

—¿Por qué no?

—Porque es sentido único. ¿De dónde has salido tú? —se me quedó mirando como si acabara de descubrirme.

—Tengo que ir con ellas. Haz algo —su aspecto era lamentable, el pelo y la barba chorreando, una gruesa manta a modo de casulla, también empapada y, sobre todo, aquellos ojos de orate que decían que se hallaba muy lejos de este mundo.

—Haremos una cosa —le dije—. Te llevaré hasta el pueblo siguiente y allí buscas a alguien que vaya en dirección contraria —no se si me entendió, pero no dijo nada.

Arranqué y continué el trayecto. Sentía deseos de preguntarle qué hacía allí de aquella guisa, cómo se le habían escapado las cabras y qué pensaba hacer con ellas en una noche semejante. Pero supuse que no iba a sacar nada en limpio, así que me dediqué a observarle de reojo. Tendría unos sesenta años, tal vez no tantos, pero estaba muy deteriorado. Le temblaba la mandíbula inferior, quizá de frío, quizá debido a algún desajuste neuronal. Todo él parecía de otra época, un ser anacrónico, habitante de un mundo perdido.

Tomé el siguiente desvío y conduje hasta una gasolinera. Allí lo mandé bajar. Apretó el cayado en su mano hasta que los nudillos se le pusieron blancos. ¿Qué estaría pensando? No dijo una palabra, pero descendió. Volví a arrancar y me alejé observándolo por el espejo retrovisor hasta que se hizo muy pequeño y desapareció.

Cuando llegué al acceso al aparcamiento del aeropuerto, el viento se había vuelto huracanado y azotaba el flanco de mi coche dándome la sensación de

que iba a volcar en cualquier momento. Caía una lluvia cerrada de gotas gordas y espesas. Agradecí el refugio de hormigón, busqué una plaza y, al apagar el motor, consulté la hora: llegaba tarde.

En el panel de llegadas vi anunciado el retraso del vuelo por razones de climatología. Bueno, después de todo, no se había producido el desastre. Había llegado a tiempo y estaba deseando de dar un abrazo a Paul y contarle el doble incidente para reírnos a gusto los dos.

Me quedé en un estado de ensoñación hasta que me volvió a la realidad el Boeing 707 aterrizando en la pista 3. En el morro del aparato, inscrito su nombre, Capricornio.

—No me he enterado de nada —me dijo Paul cuando le pregunté si habían tenido turbulencias —Al despegar de Nueva York nos pusieron un documental sobre la cabra hispánica, un animal de hábitos muy tenaces. Y me quedé completamente dormido. He hecho todo el viaje soñando con ellas.

Me dio miedo contarle mi experiencia. Pensé que no me creería. El de las casualidades es él, es su marca de la casa. No fuese a pensar que trataba de imitarle.

Al día siguiente amaneció despejado. A media mañana tomamos la ruta del norte. Para la hora de comer debíamos estar en Oviedo. Esa tarde entregaban el Premio Príncipe de Asturias de las Letras a mi amigo Paul Auster.

Esther Zorrozua